

La llamaremos A.

La llamaremos A., por ponerle algún nombre. Ella dice que prefiere que nadie sepa cómo se llama. Aunque no le importe enseñar la cara. Durante los últimos quince años A. lleva escondida del mundanal ruido, malviviendo en ciudades de provincias, incluso más feas de la que la vio nacer. Es una mujer con rostro, pero sin pasado, ni referentes, ni identidad de ninguna clase. De ella sólo sabemos que quiso ser como Deborah Harry, que lo intentó y fracasó en la tentativa. Desde entonces vive oculta. No ha sido fácil encontrarla. He tenido que pasar muchas horas infiltrado en aburridos foros donde los participantes pasaban las horas discutiendo sobre qué tonalidad de tinte le quedaba mejor a la cantante de Blondie. Pero al final he dado con ella, un símbolo a su manera. La mujer que estuvo a punto de conseguir transmutarse en otra hasta que no aguantó más, y su propia falta de talento la obligó a vivir como una persona normal. Lo que no tendría nada de malo si no fuera porque es la primera, y quizá la única, que es incapaz de aceptarlo.

-Nunca podré perdonar a Dios por no haberme hecho una estrella. Yo no quería esta vida -me explica, con un suspiro. Sentada en la terraza de un café de una ciudad cualquiera. En un país cualquiera. Porque para A., "todos los sitios son iguales. Te ofrecen trabajos de mierda, el alquiler es caro y por la noche te sientes sola".

-Eres mi héroe-

-No sabía que creyeras en Dios —comento, sorprendido.

-Y no lo hago. Yo sólo creo en Deborah Harry —me espeta, con un punto de ironía.

Estamos en una tarde de finales de invierno. Aún hace un poco de frío y desde la bahía llega el aire frío del mar. Según A., lo único que le pide a su lugar de residencia es que esté en la costa. Ella también nació cerca del agua, y no es capaz de vivir sin tenerla cerca. Por el resto, da la sensación de no ser feliz:

-Estoy un poco triste desde hace algunos meses. No me sentía así desde 1992, cuando intenté suicidarme.

Es una forma contundente de decirlo. Cuando uno la escucha, en realidad, le entran ganas de llorar. Claro que exagera. A todos nos gusta que nos consuelen. Me temo que es sólo que a A., un poco más.

-Ese fue el año que Debbie hizo "Intimate Stranger".

-No he visto esa película.

-Yo sí. Como unas doce veces. No es la mejor que ha hecho, pero está espléndida.

-¿De qué va?

-Ella hace de cantante de bar cutre. No tiene suerte en nada. Y se saca unas pelás trabajando en una línea erótica. Yo también trabajé de eso. De las dos cosas, en realidad. Cada vez que la veo me siento muy identificada.

-¿Nunca te has planteado que quizá el problema es que estás enamorada de una persona que sólo existe como fantasía?

-Muchas veces. Pero no me gusta la palabra enamorada que utilizas. Haces que parezca lesbiana. Es simplemente un tipo de conexión espiritual muy fuerte.

-¿Qué quieres decir?

-Que compartimos los mismos sentimientos. Algunas veces, siento lo mismo que ella. Si sé que está tocando en alguna parte, sólo tengo que meterme en mi cama y cerrar los ojos. Entonces, nos convertimos en la misma persona —se queda callada unos segundos— Ahora vas a pensar que estoy loca.

-No.

-Pues serás el primero.



-Eres mi héroe-

El camarero se acerca a preguntarnos si queremos algo, y en vez de eso nos lanzamos una mirada de complicidad. Creo que por fin estoy comenzando a entenderla.

-Es un rollo de energías, ¿sabes? Lo he estudiado. En realidad, todos tenemos un alma gemela. La mía se llama Deborah Harry. He tenido la suerte de conocerla en vida. La mayoría de personas jamás alcanzan ni siquiera a comprender esa verdad. En el fondo, soy afortunada. Me lo digo a mí misma constantemente. Incluso en los peores momentos. Como ahora.

-¿Y qué te pasa?

-Lo acabo de dejar con mi novio. Llevábamos juntos quince años. También tengo vida propia, ¿sabes? *-otra sonrisa irónica. Le pide al camarero una coca cola. Yo, una cerveza. Estoy acojonado.*

-Cuéntame cómo la conociste. Por favor.

Se queda en silencio. Reviviendo la escena. Como si estuviera en su cama. Con los ojos cerrados. Reviviendo otra realidad. Por un momento, me coge de la mano. Presa de la emoción.

-Había oído hablar de mí. En un artículo de Village Voice. Michael Musto me dedicaba dos páginas. Decía que a falta de Deborah, yo conseguía hacer su ausencia mucho más pasable. Y vino a verme.

Ahora sí cierra los párpados y la escena parece flotar a nuestro alrededor.

-Tocamos en el Mad Cow. Un garito de la Segunda Avenida, infecto. Aquella noche no había venido casi nadie. Sólo había estudiantes pijos de Columbia, que iban muy borrachos. Y algunos turistas despistados. Yo salí al escenario y comencé a cantar "Heart of glass", siempre empezaba por esta canción por motivos sentimentales. Donde yo vivía, era lo primero que se escuchaba de Blondie. De hecho, lo único. Es algo de las raíces, ¿sabes?

-Me imagino.

-Entonces, la vi. Estaba recostada en la barra, junto a Nigel Rodgers. Llevaba una cinta verde fosforito en la frente y una chaqueta amarilla. Estaba mirándome entre divertida, halagada y sorprendida. Ese momento ha sido el más importante de mi vida.

-¿Pudiste continuar cantando?

-La llamaremos A.-

-Sí ~~-se ríe-~~ Pero lo hice fatal.

Yo también me río. Puedo imaginármelo.

-Ella estaba maravillosa. Y yo me sentía fatal. Fue mala suerte que tuviera que venir un día tan flojo... *-hace una mueca de desaprobación-* Porque los tuvimos maravillosos.

-¿Pudisteis hablar?

-Sí. Vino después a saludarme. Hicimos un show muy corto. Ya te digo que estaba muy nerviosa. Fue extremadamente amable.

-¿Mantuvisteis el contacto?

-Yo le escribo cartas. Ella me las contesta a veces. Se acuerda de mí. Eso es lo importante.

-¿Cuál fue la última?

-Hace muy poco. Le escribí para explicarle que Martin me había dejado. Ella lo había conocido aquella noche. Era justo cuando comenzábamos a salir. Pero yo ya estaba enamorada y se lo dije. Nos cogimos las dos de la mano y le pregunté cómo estaba Chris. "Mal" me contestó. Estábamos en un camerino infecto. Había botellas de cerveza vacías por todas partes. Los chicos habían estado bebiendo. Nos cogimos de los brazos. Parecíamos dos histéricas. Allí estaba. Mis sueños se habían hecho realidad. Fue un momento tan extraño. Tan hermoso y... tan decepcionante.

-¿Qué quieres decir?

-Sólo que cuando las cosas suceden, nunca son como una las imagina.

-Supongo.

Atardece en la ciudad de provincias y las horas se abalanzan sobre los cuerpos dormidos como si descendieran de un tobogán. Los niños de la plaza se recogen y nada sustituye sus gritos histéricos. De pronto, es como si todo estuviera muerto. Las mesas que nos rodean se han quedado vacías. Ya se ha ido el viejo guapo que leía tocado con un sombrero de paja, que le daba un aire entre campesino y snob. La familia de gordos y sus amigos, igualmente gordos, menos una de ellas, que es esbelta y hortera y movía sus pulseras, cric, cric. Hablaban a voz en grito haciéndose los finos. La combinación era impagable. Pero se han marchado. Y casi sólo quedamos nosotros dos y nuestro silencio, cargado de presencias fantasmales, en un cuarto oscuro.

-Eres mi héroe-

-Apenas estuvimos juntas cinco minutos.

-Que han durado toda una vida.

-Más o menos.

El camarero taciturno largo como un rascacielos nos dirige una mirada melancólica, con la bandeja sobre la entrepierna, como si fuera un escudo. Las olas del mar descansan en la playa de rocas y el mar está tan quieto que da la sensación de que es el propio tiempo el que se ha quedado suspendido: en el umbral entre el pasado y el presente.

-Después, nunca nos volvimos a ver.

-Pero os escribís cartas. Eso sí.

-Ya te lo he dicho.

-¿Qué pasó con el grupo?

-Estuvimos tocando un par de años más. Pero cada vez nos tocaban gari-tos peores. Era muy patético. Así que decidimos romper. Además, hubo esa crítica.

-¿Cuál?

-Una en el Houston Chronicle. Decía que yo era una foca y que debería darme vergüenza aprovecharme del talento de otra persona para ganarme la vida. Me quedé hundida. Me sentí igual que cuando el crítico del New York Times dijo que Deborah era tan buena cantante como mala actriz. Sólo que conmigo no había discriminación positiva. Era una imitadora tan burda como una persona vulgar. Ni siquiera estaba en mi país.

-¿Y qué hiciste?

-Estábamos en un hotel barato, a las afueras de la ciudad. Reuní a los chicos y les dije que se había acabado. En realidad, creo que lo agradecieron porque estaban hartos de ganar tan poco dinero. Las cosas iban mal, ya te lo he dicho -hace otra mueca.

-¿Qué dijo Martin?

-Le llamé después por teléfono y la noticia le gustó. Estaba en Nueva York. Moviendo unos negocios. Me preguntó qué íbamos a hacer y le dije que no lo sabía. A la mañana siguiente, fui a que me echaran las cartas. La pitonisa -cuando dice esta palabra parece como que le da miedo referirse a una instancia tan superior- logró tranquilizarme. -Adopta un tono de confianza-: Me dijo que ya había encontrado a mi hombre y que nada debía preocuparme. Me acordé de la letra de "Island of broken souls".



Comienza a cantar:

-In Babylon / On the boulevard of broken dreams / My will power at the lowest ebb / Oh what can I do? / Oh buccaneer / Can ya help me put my truck in gear? / Can ya take me far away from here? / Save my soul from sin?

(En Babilonia / En el bulevar de sueños rotos / La fuerza de mi voluntad en su punto más bajo / Oh ¿qué puedo hacer yo? / Oh bucanero / ¿Puedes ayudarme a poner mi camión en marcha? / ¿Puedes llevarme lejos de aquí? / ¿Librar mi alma del pecado?)

Después, se ríe a carcajada limpia. Los últimos destellos del sol sólido y pálido de un anochecer de marzo estallan contra la bandeja como rayos láser.

-¿Pero cuál era tu pecado?

-La falta de talento.

-Eso no es un pecado.

-Para mí sí. Tú has triunfado como periodista. No sabes lo que es eso.

-No es cierto.

-Para mí sí lo es.

De nuevo el silencio. Y el rumor inventado de unas olas que uno imagina, porque no existen...

-¿Qué hicisteis después?

-Cuando me reuní con Martin le pedí que se casara conmigo.

-¿Y qué te dijo?

-Que no creía en el matrimonio. Estuvimos sin vernos unas semanas. Fue cuando me intenté suicidar. No lo conseguí. Le escribí una carta a Deborah desde el hospital y ella me contestó.

-¿Qué te decía?

-Que fuera fuerte. No era una carta muy larga. Pero sobreviví. Y Martin regresó. Apareció una noche en el hospital. Había adelgazado mucho y me dijo que la única forma de pagar la factura del hospital era que nos casáramos porque su seguro me cubriría. De lo contrario...

-Así que finalmente os casasteis.

-Nos quedamos viviendo en Nueva York un tiempo. Martin comenzó a trabajar de comercial para una firma de cosméticos. Yo engordé. Vivíamos

en Brooklyn y algunas noches salíamos. No mucho. Fueron los años en que Deborah dejó de cantar. Solo la vi una vez más. Era una mañana de primavera, en Princess Street. Yo estaba por el barrio buscando trabajo de camarera. Estaba esperando un taxi. Se detuvo un segundo y me lanzó una mirada de complicidad. Ese fue otro de esos momentos...

Agita la palma de la mano sobre su hombro derecho, flash, flash, y encoge la cabeza entre los hombros.

-¿De dónde sacaste las fuerzas para mudarte a Nueva York?

Contesta con tono falsamente ingenuo, como haciéndose la idiota:

-Me aburría tanto... El lugar donde vivíamos no tenía ningún interés. Gente orgullosa, ya sabes. Con la bandera en el balcón...

-¿Por qué decidiste volver a Europa?

-No teníamos dinero para pagar al médico. Así que volvimos. Además, había consultado las cuatro tablas y me decían: "recoge las astillas que caen del fuego". No me cabía ninguna duda, teníamos que volver. Fue la época que comencé a trabajar de telefonista. Me daba una vergüenza... (vuelve a agitar las manos). A Martin no le importaba, de todos modos... En esa época quería ser actriz.

-¿Y lo conseguiste?

-Bueno... algo hice. No como Deborah, que trabajó con maestros. Pero sí, hice mis pinitos.

-Te recuerdo en aquella película. En la que corrías detrás de un autobús porque te habías dejado el bolso...

-Ja, ja, ja... Aquella fue la mejor de todas. Martin también salía, aunque sólo un momento. Era el vendedor de pañuelos. ¿Lo recuerdas?

Digo que sí, aunque es mentira. Por las fotos que me ha pasado su hermano resulta difícil tener una imagen clara. Parece un hombre fibroso, a veces aparece con el pelo enmarañado cayéndole por la cara y otras rapado. A pesar de su aspecto no parece un mal tipo.

La bandeja ya no brilla. Es definitivamente de noche. Cuando A. y yo nos despedimos, nos cogemos por los antebrazos. Y nos decimos adiós.

Juan Sardá Frouchtmann